

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA.

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

OCTUBRE N.º 48 GRANADA. REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V 1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO.

A Maria inmaculada. por el Marqués de Valle-Ameno.—
A Maria Inmaculada, Oda por Domingo Arjona.—
¡Era Ella!, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—La
rosa silvestre, poesía, por Pilar Pascual de Sanjuan.
—Advertencia.

Á MARIA INMACULADA.

El que siendo antes de todos los siglos, imprimió al caos sus primitivas formas; creó el espacio, transformó el polvo de la tierra en raudales de luz; estendió en pabellon los cielos, cual un inmenso dosel; como lluvia de menuda arena lanzó en el espacio los astros, que van rodando en la inmensidad hasta llegar á su órbita. El que recogió, cual gasa, las aguas que rodeaban la tierra, arrojándolas en la inmensa concavidad de los mares, á quienes enfrenara con débil dique de arena. El que elevó las montañas, cubriéndolas con el verde manto de los prados, después de haberlas dado entrañas de oro y plata; dió sus colores al iris, á la flor su aroma, belle-

za al universo; dotó de espléndidas alas á los Querubines y Angeles, para que fuesen mensajeros de SU voluntad, y recorriendo de un vuelo infinito del espacio, volbiesen á Él para cantar sus alabanzas y grandezas. El Dios omnipotente y sumo, habia concebido *ab eterno*, á causa de su divina presciencia, una criatura sobre todas privilegiada, digna de que por ella descendiera hasta el hombre, para que el hombre se elevase hasta Él.

Desde que el padre del linaje humano, y con él toda su descendencia, cerrando voluntariamente los ojos á la luz de la verdad, quedaron sumidos en la tenebrosa noche del error, la PURÍSIMA VÍRGEN, á quien el sol viste, coronan las estrellas y sirve de escabel la luna, fué á través de los siglos, esperanza de todos los pueblos, de las generaciones todas.

Jamás de la mente humana borraré por completo la idea de la doncella de Israel, unida á la idea de una reparacion, por medio de la cual se abriesen al desterrado del Paraíso las puertas de su patria celestial; y cuando confusa aparece entre las oscuras tradiciones de Oriente, en medio de las sombras de la gentilidad griega y ro-

mana, en las obras de sus filósofos, en los versos de sus poetas.

Empero al pueblo favorecido del Señor, fiel depositario de la manifestacion de la voluntad divina; al pueblo, cuya historia entera es una série de prodigios; al pueblo, al cual sirvieran de seguro camino el fondo de los abismos, y de cordilleras las olas embravecidas; el cual vió hundirse en las aguas formidable ejército enemigo, cual piedra que desprendida de la cima de elevada montaña, rueda hasta profundo valle; estaba reservado el verdadero conocimiento de la *Divina Aurora*, que habia de preceder al sol de justicia; tallo del cual naciese la hermosa flor, que con su embalsamado aroma purificase la corrompida atmósfera; de la nube bien hecha, que elevándose del fondo de los mares, hasta la celeste esfera, encerraba en su seno la anhelada lluvia que habia de fertilizar toda la tierra.

Al entonar los vates de Israel cánticos de alabanza á la mas bella entre las hijas de Sion, al saludar la esperanza de las naciones, remedio de los males; consuelo del infortunio; en la tribulacion, auxilio; en el desconsuelo, amparo; en la desgracia, resignacion y fortaleza; vislumbráronla engrandecida y magnificada por el Eterno, cual habia de ser celebrada por las generaciones nacidas despues de su venturoso tránsito; contemplando el conjunto de perfeccion, la excelsitud y pureza con que la enalteciera el Altísimo, en el arca santa que no osaban tocar las aguas del Jordan, en la prodigiosa zarza intacta en medio de voraces llamas, en la inmaculada azucena, nacida entre espinas que tan solo al cielo envia su puro aroma.

En el universo concierto que producen las plegarias que se elevan al cielo de todos los puntos del globo, desde la religion donde el dia nace, hasta aquella por donde la noche comienza á estender su negro manto, lo mismo en las regiones polares que en la abrasada zona del Ecuador; España, en cuyo suelo dignóse la Reina celestial poner sus sagradas plantas, legándonos un monumento que fuese para rayos de la divina justicia; España, cuyas glorias están enlazadas con las glorias de María, tambien se postra ante sus piés, y entre inspiradas y conmovedoras armonías, entre azuladas

nubes de incienso, que perfuman las elevadas bóvedas de sus templos; ofrece en los altares, lo que vale mas que aromas y presentes: el holocausto del corazon, el sacrificio del espiritu, presentado con religiosa sinceridad, con ferviente entusiasmo.

¡Que los ángeles del cielo descendan, para llevar en sus alas, sus votos y plegarias!

A MARÍA INMACULADA.

ODA

PREMIADA EN EL CERTÁMEN LITERARIO CELEBRADO

por

LA CASA DE CERVANTES EN YALLADOLID,

EL 29 DE SETIEMBRE DE 1870.

Mas hermosa que el sol de mi Granada
revestida del cielo, coronada
de nitidas estrellas,
ceñida por la luz de la alborada
sobre el cenit descuellas,
radiante de hermosura
como Madre de Cristo Inmaculada,
como Madre de Dios cándida y pura.

En ricos tronos de azuladas nubes
serafines y arcángeles te admiran,
los alados Querubenes
en tu beldad se inspiran,
y tronos y virtudes celestiales
reconocen tus timbres virginales,
alzando al cielo en tan feliz victoria
cánticos mil al Santo de los Santos
que tan grande esplendor presta á su gloria.

Y es, que admiran en Tí la tierna oliva
de paz y redencion entre el Eterno
y la raza de Adan nécia y esquiva;
es, que admiran en Tí la destinada
para templo de Dios; la venturosa
Madre del Verbo y del amor esposa,
la acacia delicada
la dulce siempreviva
la que pura en Samir fué coronada,
la gloria de Salem, la que es fé viva
del pueblo de Israel. Pura y fragante
como el cedro aromático del Libano
te vé mi fé constante.

Al ver sensible tu eternal grandeza
falta base en el suelo á mi mirada
con las nubes mi espíritu tropieza
entre el Boxeas y el Sur flota la nada,
y aun siendo así la misera flaqueza
deslustrara tu eterno poderío
al quererte cantar á su albedrío.

Que eres Tú la Señora
por la que un mundo de alborozo llora,
madre amorosa de infelices hijos,
que aunque viven del mal entre la guerra
tienen, no obstante de pisar la tierra,
en tu seno de amor los ojos fijos.

Y es que admiran en Tí su bienhechora,
la celestial aurora,
la concha del rocío
que verdes vides por Octubre dora,
la estrella matinal, cuya belleza
supera á la Creacion en gentileza.

Honor de Dios, y de tu pueblo gloria,
terrible como ejército avisado,
electa como el sol viniste al mundo
á borrar las tinieblas del pecado;
por eso prosternado te venera
el hombre, esclavo de su amor sencillo,
y ensalza por doquiera
las copias de Rivera,
de Atanasio, de Vernet y Murillo
por eso con ardor, que la fé inspira

volaron á tu trono de diamantes
las primicias del génio y de la lira:
por eso yo que con fervor te adoro,
mi vida, y mi tesoro,
á tus plantas acudo reverente,
inclinada la frente
y la lira quebrada,
que para hacer elogio de esa fuente
de gracia inmaculada,
de dicha y de consuelos,
eterno manantial de amor profundo,
faltan tintas preciosas á los cielos
y plumas candorosas en el mundo.

DOMINGO ARZONA CASADO.

¡ERA ELLA!

Mater purísima
Ora pro novis.

Momentos triste y apenadores hay en la vida,
en que las flores del valle de nuestra existencia
se tornan místicas y hajadas: en que el sol no
tiene luz, ni el aire aromas, ni el cielo alegría.

Momentos en que vemos enlutado y opaco to-
do cuanto nos rodea, sin que nos preste su ben-
decida sombra el árbol hermoso de la esperanza.

En uno de ellos se encontraba Magdalena, la
jóven mas bella, mas noble, y mas alagada de
la fortuna que hemos hallado á nuestro paso, al
recorrer los caminos del mundo.

Magdalena habia cruzado la vida pisando flo-
res. La fortuna habia hecho ricos á sus padres,
y rico tambien al esposo que la habia tocado
en suerte.

Ni uno solo de sus caprichos habia dejado ja-
más de realizarse, ni una de las aspiraciones de
su alma se habian visto nunca defraudadas.

Por que Ricardo, el amante compañero de su
existencia, cifraba en ella todo el afecto de su
corazon, y para hacer mas dulce el lazo que los
unia, Dios habia mandado un ángel bajo su te-
cho, trocando en nudo de frescas y perfumadas
rosas, lo que para otros es pesada cadena.

La tierna niña, que ciñera á las sienes de Magdalena la santa corona de la maternidad, llevaba por nombre el de la madre de Dios, y era tan bella, tan pura, tan inocente como los ángeles que la rodean en el cielo.

Jamás unos ojos han reflejado mas suavemente el espléndido azul del cielo, que los reflejaban los ojos de María: jamás unos labios han imitado mejor el caliz de una rosa, ni unos cabellos los reflejos del oro, que los asemejaban los labios y los blondos y abundantes cabellos de aquella niña.

Y si tesoros de belleza y gracia encerraba su hermoso semblante, mas tesoros de virtud y de dulzura encerraba su virgen alma.

Pues aquella criatura, habia heredado el dulce y noble carácter de su madre, y sus santas creencias, y su acendrada piedad.

Niña aun, se privaba de sus dulces, de su jugueteros, de sus trajes, para darlos á los pobres, que atraídos por su caridad, venian á buscar sus socorros; y cuando su buena madre la enseñaba á rezar sentándola sobre sus rodillas, á veces tenia que enjugar con sus labios una lágrima clara y trasparente que se deslizaba por sus blancas mejillas al rogar por los desgraciados, ó al recordar los tormentos del Dios hombre que murió en una cruz por amor nuestro, y de la santa Virgen María que nos adoptó por hijos de sus dolores.

Magdalena cifraba su mayor bien en aquella hija de su vida, y mas de una vez al mirarla crecer tan buena y tan hermosa, sintió en su corazon una vaga inquietud, una amargura desconocida y sin nombre, que anublaba la luz de su purísima ventura.

¡Ay! es que las dichas de la tierra no las ha hecho Dios completas, y cuando no tienen otro dolor que las envenene, llevan en sí mismas el de su poca estabilidad y el temor que abrigamos de perderlas.

Ricardo tambien adoraba á aquella niña, por quien hubiera dado la mitad... ó mejor dicho, toda su vida. Era su ilusion, su esperanza, el norte que guiaba sus acciones; y mas vehemente, y menos resignado que Magdalena, si la hubiese llegado á perder, no es facil comprender á donde le hubiera llevado su desesperacion, puesto que no tenia como su esposa un amparo para el dolor, bajo la égida de la cruz.

Porque, triste nos es decirlo; pero Ricardo, que era casi perfecto en todo, tenia un defecto terrible: un defecto que hubiera oscurecido ante la sociedad todas sus buenas cualidades, si nuestro mundo de hoy, materialista y corrompido, pensase en algo mas que en la especulacion y

la apariencia; y el medro. Ricardo era ecéptico: era casi ateo, y esta estraña diferencia entre su modo de pensar y el de Magdalena, habia hecho brotar mas de una lágrima de las pupilas de ésta, y mas de una ferviente oracion de sus lábios, sin que ni el llanto, ni las plegarias hubiesen aun podido difundir en aquel alma, compañera de la suya, un rayo de la fé que inundaba por completo su espíritu.

Y sin embargo, ella le amaba, le amaba con todo su corazon, y hubiera dado de buen grado sus riquezas, sus comodidades, su porvenir, por ver un dia á Ricardo postrado junto á ella al pié del altar.

Y este deseo era mayor, cuando se aproximó una época dichosa para todas las madres, y mucho mas para Magdalena; la de santificar por primeravez el alma de su hija, haciéndola templo del mismo Dios.

En efecto, María iba á cumplir sus ocho años, y debia hacer muy en breve su primera comunión.

Horas enteras habian pasado en sentidas é íntimas conversaciones, sobre aquel gran suceso que debia unir el alma de la niña mas íntimamente con su Hacedor, y hacerla probar las dulzuras de las delicias celestiales.

¡Oh! con que inmenso placer, con que puro entusiasmo esplanaba Magdalena ante los ojos de su hija el cuadro de las grandezas de aquel augusto Sacramento, en que todo un Dios, dejando el Sagrario que estremecidos de respeto custodian los Querubines, baja á la tierra y escoge por morada el corazon contrito de su criatura!

Y con que anhelo, con que vehemente afan esperaba la tierna María tal momento.

Nada faltaba para la augusta ceremonia. El velo blanco, la corona de jazmines... todo estaba dispuesto, todo!

Mas ¡ay! que las venturas de la tierra son fugaces y perecederas.... ya lo hemos dicho al empezar.

María habia bajado una tarde á coger flores en su jardin: este era muy extenso; tenia una verja que daba al campo, y no sé si por imprevision ó intencionadamente, la puerta habia quedado abierta aquel dia.

La tarde empezó á caer: María no volvia junto á su madre, y ésta se sintió inquieta.

La llamó una ó dos veces, mandó á una doncella que vajasé á buscarla; pero la niña no estaba allí.

La casa se puso en alarma, se recorrió de arriba abajo... se preguntó á todos, se indagó por todas partes... María habia desaparecido, no se

halló indicio ninguno de su paradero... solo en el jardín, y junto á la puerta que daba al campo se veía la yerva ajada y pisada por algunos lados, y las huellas del pié de un hombre estampadas sobre la arena.

¡Oh! ¿quién podrá pintar el dolor de Magdalena? ¿quién podrá describir la desesperación de Ricardo?

Era indudable que su hija les había sido robada, quizá con el objeto de pedir por ella una fuerte suma.

¡Era indudable que María estaba en poder de una de esas partidas de secuestradores, que burlando las leyes siembran el dolor y el espanto en el seno de las familias!

Pero ¿qué hacer? ¿cómo saber su paradero? ¿cómo librarla del terror, de los tormentos, acaso de la muerte... por que, quien podía saber si aquél rapto obedecía también á alguna venganza?

Magdalena estaba loca.

Ricardo fuera de sí.

Y las horas se pasaban, y la niña no parecía!

Y la noche con su cortejo de sombras, y con su manto de tinieblas, avanzaba lenta, sombría é imponente, sin traer siquiera con ella la vacilante luz de una esperanza!

¡Ay! la pobre madre pensaba que ya las aves buscaban el caliente nido; las flores se plegaban en la espesura; los pajarillos se posaban sobre la rama protectora, y su pobre hija, ni tendría un alvergue en que reposar tranquila, ni se acogería al calor del amoroso seno de su madre.

Y las lágrimas ardientes, abundantes y sin consuelo, rodaban en hilos sin término por las mejillas de la joven, y á un parasismo seguía otro mayor, por que su corazón estaba hecho pedazos!

Que triste la parecía su morada, que sombrío cuanto miraba en derredor! ¿Que inútil y que impotente el amor mismo de su esposo!

Y todos los esfuerzos eran vanos, todos los medios ineficaces: aquel profundo dolor no encontraba en el mundo consuelo.

Sin embargo, Magdalena que nada esperaba en la tierra, lo aguardaba todo del cielo,

Viendo que los hombres nada podían ante aquel inmenso infortunio; recurrió á la Virgen María, Madre piadosa de las madres desventuradas.

¡Con cuántas amantes lágrimas mezcló su plegaria, que fervorosa fué su oración!

—¡Oh! María, gritó en medio de su agonía, salva á mi hija, tú que eres Para como el rayo de luz que brota de la mirada de Dios, que ella es

pura é inocente también; Reina de los Angeles, que te llaman inmaculada, vuelve á mis brazos á ese ángel de mi alma!

¡Ella es mi vida, mi solo bien, y está marcada con tu dulce nombre; ¡Oh! señora, tú que sabes lo que se ama á los hijos, devuélveme la mía, devuélvemela por compasión, cúbrela con tu manto, para que el frío de la noche no toque su cuerpo; alumbrá sus pasos con el fulgor de tu mirada, para que no muera de temor en esos campos, en esos montes, lejos de su madre adorada!

Es niña, es inocente, es débil y tímida, y acaso tendrá miedo... acaso la matarán...

¡Oh! no! no quiero pensar que puedan hacerlo: Madre, Madre mía, sálvala Tú!

Y Magdalena cayó en un profundo desmayo sin poder resistir su pesar.

Y la noche se enseñoreó completamente en el espacio, y sus horas pasaron como una procesion de enlutados fantasmas; y los primeros albores del día vinieron á iluminar aquella casa que ya no tenía alegría!

Ricardo había hecho cuantos esfuerzos son imaginables para averiguar el paradero de la niña; había ofrecido montones de oro, había maldecido, se había revelado contra la tierra y el cielo.

¡Desgraciado! cuán infeliz era, y cuán pequeño se hallaba contra aquella imprevista desgracia!

En vano Magdalena, queriendo difundir en su alma una chispa de la fé sagrada que á ella la sostenía.

—Ven, Ricardo, había dicho, ven, recurramos á Dios. Él todo lo puede, pide, pide conmigo, y su clemencia nos salvará!

El infeliz incrédulo, se había sonreído con expresión nerviosa y sarcástica y había respondido con ira.

—¡Dios! ¡Dios!... ¿qué tengo yo que ver con esos locuras propias de mujeres y de niños solo?

Y tres días y tres noches pasaron así! tres días.... no! tres siglos de martirio, en que Ricardo no puso fin á su vida por que tenía junto á sí á Magdalena, y en que Magdalena no sucumbió porque la sostuvo su esperanza en el cielo.

Pero también espiró la luz de aquella postera tarde, también iba á empezar otra noche de angustia.

Las campanas de la ciudad dieron solamente el toque de angelus.

La joven cayó de rodillas al oírle, y repitió su ruego desecha en llanto.

En aquel instante, y como respondiendo á la voz de la campana y al grito del corazón de la

madre, un golpe resonó en la puerta de la casa, que sin saber por qué, hizo estremecer á cuantos se hallaban dentro.

Los criados fueron á abrir, y un clamor de inmenso júbilo se escapó de sus lábios, clamor que llegó hasta la estancia de Magdalena y que la hizo levantar del sillón en que se hallaba desplomada, como movida por un golpe eléctrico.

¡Oh! el latido violento de su corazón, no la engañó!

¡María, su niña, la hija de sus entrañas, estaba allí!

¡Allí, cerca de ella, besándola con transporte, llamándola madre, con su voz de ángel y su acento que estremecía el alma.

¡Ay! ¿como pintar su loco júbilo? ¿como describir su inmensa é insensata alegría?

Gritos, lágrimas, bendiciones y gemidos, todo se mezclaba, se confundía todo en el delirio que la embargaba.

En cuanto á su padre, aunque su gozo era menos expansivo, no por eso era menos grande, menos profundo.

¡Oh! el amor de un hijo, ablanda y dulcifica el alma mas fuertemente y mejor templada!

—Hija, hija mía! gritaba Magdalena, tocando á María, y mirándola con ansia, te vuelvo á ver, estás aquí, sana, libre! con que es verdad.

Y vesaba su frente, y levantaba sus cabellos temerosa de que la hubieran robado uno solo de ellos!

—Pero ¿cómo ha sido esto? dónde has estado? ¿quién te ha vuelto á mis brazos?

—Oh! madre mía! exclamó la niña, cuyo semblante pálido aun revelaba el terror y las fatigas que habia sufrido, yo no puedo decírtelo casi.

—Como! ¿pues qué te ha pasado? preguntó la madre con afán. ¿A dónde te fuiste?

—¡Oh! no fui yo.

—Entonces...

—Escucha! jugaba en el jardín, y cojia flores para hacer un ramo: de pronto me sentí levantada en el aire, y sujeta de tal modo, que ni podía soltarme ni gritar, pues me taparon la boca y echaron sobre mi cabeza un tupido paño.

—Sigue, exclamó Magdalena temblando.

—El que me llevaba en sus brazos echó á correr, y andubo mucho tiempo... mucho... no sé cuanto por que tenia tanto miedo que no lo pude medir.

Al cabo, aquel hombre se detuvo y oí una voz que le decia.

—¿La traes?

—Sí, contestó el que me tenia sujeta.

—Te han visto? preguntó el otro muy bajo.

—No: todo ha salido bien: ahora sus padres tendrán que darnos una buena cantidad y si no...

—Ya te entiendo, si fracasa el negocio ó sospechan algo... ¡los muertos no hablan!

¡Ay! madre mía, yo recuerdo todo esto muy bien porque temblaba de espanto al escucharlo.

Magdalena estrechó á su hija contra su seno, Ricardo apretó los puños y palideció tambien de terror.

—Sigue exclamó la madre anhelante, sigue, hija mía.

—Yo no sé dónde me metieron, era un cuarto oscuro, y frio, debia estar debajo de tierra quizá por que cuando me descubrieron el rostro no ví un solo rayo de luz: allí he pasado mucho tiempo, mucho! solo me han dado pan y agua, pan que yo no queria comer, y agua que no bastaba á apagar mi sed. ¡Oh! yo tenia miedo... yo lloraba sin cesar llamandote á tí y á mi padre sin que ninguno pudiera venir. Tambien ¡ay! tambien me acordé de la Virgen María, á quien tú me has enseñado á invocar en los momentos de dolor, y acudí á Ella con toda mi alma.

—Hija mía! exclamó Magdalena con transporte, y sintiendo en su corazón todos los temores que habian angustiado á la niña.

—La Virgen me oyó sin duda por que me dormí sin saber como, y estuve mucho tiempo así; mucho... y solo me desperté cuando una mano suave y blanda tocó mi frente y me dijo con una voz tan queda y dulcísima que sin duda yo sola podía oirla.

—Despierta, hija mía.

—Oh! exclamó la madre que no perdía una sílaba del relato de su hija, sigue, ¿quién era?

—¿Quién? yo no lo sé! no me lo dijo, tal vez la hija de algunos de aquellos hombres, tal vez otra desgraciada robada como yo; pero que conocia aquellos lugares y sabia el modo de salir de allí, por que tomándome de la mano;

—Ven, murmuró, sígueme y no temas, que yo te salvaré.

Y las dos nos pusimos en marcha en medio de la oscuridad, sin encontrar obstáculo alguno!

Yo no ví por donde caminábamos, no ví si alguno abría las puertas ante nosotras.... solo sé que andábamos sin cesar, y que en breve salimos al campo, por que ví las estrellas y los luceros brillar hermosos, y alumbrarnos el camino. Entonces volví la vista para mirar á mi libertadora, cuya mano no habia soltado aún.

—Y qué? preguntaron á una vez todos los que escuchaban á María.

—Era una niña casi como yo, por que su aspecto lo revelava así, en cuanto á su semblante,

apenas lo podía ver; solo distinguía su vestido blanco que se destacaba en medio de la oscuridad. Por un momento, un rayo de la luna dió de lleno en su rostro y vi que era bella, bella como á nadie he encontrado en el mundo, y yo te aseguro, madre mía, que la reconocería entre mil, si otra vez vuelvo á verla.

—Pero ¿no te dijo su nombre? le preguntó Magdalena con afán, ¿no te dijo su nombre, para buscarla, para bendecirla de rodillas, para darle nuestra fortuna entera, por que nos ha devuelto á nuestra hija?

—No, madre, no: me trajo hasta la puerta de esta casa, y permaneció conmigo hasta que sentimos el ruido de los cerrojos, entonces besó mi frente y me dijo: ¡Adios!

Quise detenerla, la rogué que subiera para que mis padres la mostraran su gratitud, y ella solo me respondió.

—«Dentro de algunos dias, yo te ofresco que me verás, y no dudes que ellos podrán darme gracias;» y antes que la puerta se abriera, ella se alejó, sin que yo me atreviera á seguirla.

¡Oh! exclamó Ricardo, tal vez esa jóven sea parienta de alguno de esos malvados, y quiere hacerse acreedora á nuestra gratitud, para si algun dia nos necesita. Sí, eso debe ser; pero yo juro que daré mi vida por ella, á cualquier hora, y en cualquier ocasion, y que no tendrá una exigencia por grande que sea, que yo no deje satisfecha!

Magdalena preocupada y dudosa, miró á su esposo y le dijo entre su llanto de gratitud.

—¡Oh! sí, Ricardo mio, no te olvides de esa promesa.

El gozo volvió á reinar en aquella casa, la alegría apareció de nuevo entre aquella dichosa familia, que amaba mas á la tierna María, cuando mayor habia sido su duelo al perderla.

Ricardo no cesaba de indagar, no dejaba de averiguar quien habia podido ser la jóven que habia sacado á su hija del poder de sus raptos, y estaba dispuesto á colmarla de riquezas y dones, y se explicaba el suceso muy fácilmente, creyéndola hija ó hermana de éstos.

Magdalena llena de fé cristiana: quiso mostrar á Dios el agradecimiento que sentia por aquel inmenso beneficio, y dispuso hacer á la Virgen una espléndida funcion en accion de gracias, en el mismo templo donde María habia recibido las puras aguas del bautismo.

Todo se dispuso con inaudito esplendor, Ricardo, aunque no creia, no se oponia á la voluntad de Magdalena: la amaba demasiado para contrariarla en nada.

María quiso tambien en aquel dia hacer su primera comunión.

¡Que hermosa estaba, que hermosa con su velo blanco y su corona de azucenas, que hermosa con su aspecto tímido y modesto, que hermosa con su fé, que hermosa con su candor!

El templo tambien brillaba por todas partes inundado de perfumes, de flores, de armonia, de luz.

Magdalena rogó á Ricardo que fuese con ella; y él accedió por.... por las consideraciones sociales... por el que dirán.... por no disgustarla, en lo que él creia un capricho.

La funcion religiosa empezó.

Una imagen de María Inmaculada se ostentaba sobre el altar.

El brillo de cien blandones tornaban el espacio en un globo de luz en torno de ella. El humo del incienso ascendia hasta sus pies y á las armonías del órgano se mezclaba el eco de los cánticos sagrados... el templo se asemejaba á un paraíso!

María, humilde y pura, conmovida por mil afectos distintos, estaba arrodillada al pié del altar, sin alzar sus ojos del libro de oraciones, junto á ella estaba su madre de rodillas tambien. Ricardo mas lejos las miraba á ambas lleno de complacencia y amor, mas sin participar de la emocion que los embargaba.

De pronto los ojos de la niña se elevaron instintivamente hácia la Madre de Dios, iba á ofrecerle su plegaria, pero su lábio quedó mudo y helado, y las rosas de sus mejillas se trocaron en blancos jazmines.

Su corazon latió con violencia, estendió sus manos temblorosas y sin ser dueña de contenerse exclamó con un grito del alma!

—Es ella! Es ella!

Magdalena estremecida ante aquel trastorno, se aproximó mas á María y la preguntó con afán.

—Que dices! que dices, hija mía.

—Que es ella! mírala, madre de mi alma, mírala! es ella! es la que me salvó! es la que me trajo á tu lado! es mi protectora con su vestido blanco, su manto azul, su blanca frente y sus ojos divinos.

Oh! sí! no lo dudes! ¡era la Virgen que oyó tu voz!

Magdalena se sintió vacilar! tuvo un instante de vértigo, cerró los ojos y estuvo próxima á caer.

Cuando los abrió de nuevo vió junto á sí á Ricardo, pero no frio y altivo é indiferente como antes, si no humillado, de rodillas con los ojos

llores de lágrimas! ¡El, que no había sabido llorar ni aun por la pérdida de su hija! Oh! Magdalena le miró con asombro! Era otro! La llama de la fé había descendido á su alma y se reflejaba inmensa, pura y celestial en sus varoniles y hermosas facciones.

—Ricardo! exclamó ella muy bajo, Ricardo lloras!

—Sí! respondió el solamente.

—Pero ¿qué ocasiona tu llanto? preguntó la esposa mas bajo cada vez!

—La contriccion y la fé! dijo Ricardo con efusion.

—¡Gracias, Señora! exclamó Magdalena con un acento del alma, gracias!

—Repito aqui mi juramento de dar mi existencia por ella! murmuró Ricardo solemnemente, pues al devolverme el bien mas grande de mi vida, mi tierna hija, me ha devuelto á la par el bien mas grande de mi alma, la fé cristiana, la fé que salva y purifica!

—¡Bendita sea la madre que por tan ocultos caminos regenera y guía á sus hijos! murmuró Magdalena teniendo asidos de las manos á su esposo y á su hija, y los tres de rodillas ante el altar de la Virgen, cumpliendo así el anhelo que tantas veces la había animado.

¡Oh! sí, bendita, bendita sea mil veces la Virgen inmaculada, que escucha nuestros ruegos y sostiene nuestra fé.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA ROSA SILVESTRE.

En un sitio agrestísimo y salvaje se levanta un rosal verde y frondoso; y al agitar el viento su ramaje produce en él susurro misterioso.

De su suerte fatal quizás murmura porque lejos está de los jardines, pudiendo haber nacido por ventura donde nacen camelias y jazmines.

Pero no, que es feliz, vedle triunfante porque tiene una flor que le engalana, una rosa no mas, pero es fragante y la embellece el sol de la mañana.

No tiene tan magníficos colores como la flor que en el vergel descuella pues del sol los espléndidos fulgores un instante no mas brillas en ella.

Un momento en las gotas del rocío se refleja su luz, despues la vela un risco melancólico y sombrío de aquel lugar adusto centinela.

Cierta noche de Mayo deliciosa, un ruiseñor paróse en el rosal, y obsorta de placer, oyó la rosa de su voz el acento celestial.

El cantor de las selvas le decia: Pobre flor ignorada y solitaria, yo vendré siempre al declinar el día á entonar á tu lado mi plegaria.

Yo cuento, si mi voz elevo al cielo, mi tierna historia que la gente ignora, que quien vive de amor en este suelo cuando piensan que canta, reza ó llora.

Tú me comprenderás, serás mi hermana, y por mis trinos me darás tu esencia, y si debo partir por la mañana vivirás del recuerdo de mi ausencia.

Así fué, consecuente cada día, cuando el sol al ocaso declinaba, el ruiseñor solícito volvía y la rosa feliz le acariciaba.

Siempre la aurora le encontró aspirando casto perfume de la rosa pura, y estasiada de amor, ella escuchando bellas notas de insólita dulzura.

Mas hoy, por fin, la tarde misteriosa su manto de carmin ha recogido, y á la luz del crepúsculo dudosa el nocturno crespón ha sucedido.

Ya dormitan las aves y las flores, solo la rosa enamorada vela, y al aspirar los últimos rumores su amante trovador no la consuela.

¡Cuanto tarda ay de mí! quizá en la selva su voz seescucha suave y melodiosa.... si hay una noche en que el cantor no vuelva, aquella noche morirá la rosa.

Pilar Pascual y Sanjuan.

ADVERTENCIA.

Suplicamos á aquellos de nuestros suscritores que estén en descubierto en sus respectivos págos, los hagan efectivos á la mayor brevedad y antes de que termine el presente mes, para la buena marcha y regularidad de esta Administracion, pues es doloroso y estraño, que siendo cantidades tan pequeñas, exista tal atraso en los pagos.

Advertimos, que esto se entiende sobre todo, con los que tienen deuda de los años anteriores, á los cuales hacemos esta súplica aun con mayor interés.

GRANADA:—Imprenta de La Madre de Familia.